

# FUGAS PSIQUIÁTRICAS Y MÁQUINAS

## PSYCHIATRIC ESCAPE AND MACHINES

TOMÁS FLORES ESTAY<sup>1</sup>, FRANCISCO HERNÁNDEZ CERDA<sup>2</sup>

### Resumen

El presente ensayo pretende reflexionar respecto de la problemática asociada al encierro en un continuo entre el estado de excepción, las limitantes asociadas a la circulación, la cuarentena y las instituciones psiquiátricas. Pensadas no como acontecimientos que pesen el uno por sobre el otro, sino más bien, a modo de rizoma, en base a un solapamiento constante entre una y otra.

En base a conceptos derivados del trabajo de Deleuze y Guattari se propone la fuga como alternativa al encierro, asumiendo que dicho encierro no necesariamente corresponde literalmente a la estancia cautiva en una institución y, asimismo, la fuga no necesariamente tiene que ver con salir de un lugar determinado.

Finalmente, se hace un intento por situar la cuestión maquina en lo que respecta a las instituciones psiquiátricas.

### Palabras Clave

*Línea de fuga, máquina, institución psiquiátrica, psicoterapia institucional, encierro.*

### Abstract

The following essay aims to ponder the problems associated with the confinement in a continuum between the exception state, the limitations associated with free circulation, quarantine and psychiatric institutions. Thought not as events that weigh one over the other, but rather, as a rhizome, based on a constant overlap between one and the other.

Inspired on concepts derived from the work of Deleuze and Guattari, escape is proposed as an alternative to confinement, assuming this one doesn't necessarily correspond literally to being locked in an institution, and likewise, escape doesn't necessarily have to do with escaping a determined place.

Finally, there is an attempt to situate the machinic question in regard to psychiatric institutions.

### Keywords

*Line of escape, machine, psychiatric institution, institutional psychotherapy, confinement.*

### 1. Instituciones

Desde la revuelta de octubre del año 2019 hasta el encierro asociado a la pandemia de COVID-19, uno de los tópicos más recurrentes en todo nivel ha sido el encierro. En octubre, debido al Estado de Excepción establecido al inicio de la revuelta y en la actualidad, desde marzo a la

---

1 Psicólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Magíster de Filosofía de la Universidad de Chile. Doctorando en filosofía con mención en Estética de la Universidad de Chile. Director y co-fundador de Pliegue. Contacto: tpflores@uc.cl

2 Psicólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Estudiante de Magíster de Psicología Clínica, línea de Psicoanálisis. Miembro de la Fundación Grupo Psicoanalítico Plus. Psicólogo de la Unidad de Hospitalización de Corta Estadía 2, Instituto José Horwitz Barak. Contacto: frherman@uc.cl

fecha, debido a las restricciones de circulación con motivos de higiene y sanitarios. Y si bien parecieran hechos distintos, cada uno reverbera sobre el otro de cara al proceso que atraviesa Chile respecto de posibles cambios en la esfera institucional.

En el ámbito de las Instituciones, la cuestión del encierro no remite únicamente a las puertas cerradas de la ciudad debido a la peste, tal como Camus (2018) lo presenta en forma de ficción. La cuestión de los encierros es un asunto inherente a las instituciones totales descritas por Goffman (2001). En esta línea, “*Se llaman establecimientos sociales -o instituciones en el sentido corriente de la palabra- a sitios tales como habitaciones, conjuntos de habitaciones, edificios o plantas industriales, donde se desarrolla regularmente determinada actividad*” (Goffman, 2001, p.17), frente a las cuales propone lo que él va a llamar instituciones totales, que puede entenderse como “*un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente.*” (Ibid., p.13)

Y así, como la institución psiquiátrica en tanto institución total es parte importante de la investigación de Goffman, ya Foucault (1975) había planteado que la minucia en los reglamentos, la mirada meticulosa de las inspecciones, la puesta bajo control de todas las parcelas de la vida y del cuerpo son parte importante de la institución hospitalaria, en función de una racionalidad económica o técnica, en el “*cálculo místico de lo ínfimo y lo infinito*” (p. 142).

En cierta medida, todo Chile está bajo una lógica de institución total ya que se han restringido el uso de los espacios, el uso del tiempo, las relaciones de trabajo, etc.

Pero la cuestión de la institución total, y la administración de la vida, para Goffman (2001), cobra su principal interés en relación con los hospitales psiquiátricos. En la línea de dicho interés, cabe la pregunta, tomando en cuenta el encierro actual de la ciudad ¿qué reflexión se puede hacer del encierro en los hospitales psiquiátricos?

Y de tener cabida esta pregunta ¿Cómo debe ser abordada esta pregunta? ¿Acaso como una pregunta

respecto al encierro del encierro? ¿Qué espacio tienen los ya acostumbrados encerrados, los locos, frente a la situación actual?

## 2. Encierro Del Encierro O Sobre-Encierro



La furia de los caballos sin patas, Schultz (2001)

Paciente del Peral (alrededor de los 90's) dice:

- “Lo encierran a uno, lo encierran.”
- “¿Y por qué lo encierran?”- pregunta el entrevistador
- “Dicen que pa’ que se porte bien (risas). Pero yo no creo en eso... son...”
- “¿Y qué es portarse bien?”
- “Estar encerrado.”

Cuando Foucault (1975) plantea el panoptismo y ofrece una lectura de la peste respecto de los binarismos solapados en las instituciones disciplinarias, a saber, loco y no-loco, leproso y sano, enfermo y médico, recluso y no recluso, etc., necesariamente trabaja con una lógica de dentro y fuera o cautiverio y libertad. Sin embargo, la pregunta por la situación del tratamiento cerrado en los psiquiátricos, en el contexto del encierro de la ciudad, ofrece la inversión del mismo, o bien, su agravamiento.

La inversión del encierro se representa en el desencadenamiento de situaciones de alteración psíquica asociadas al encierro en casa y que culminaría en la internación dentro de un hospital

psiquiátrico. Y a su vez, el agravamiento del encierro podría ser lo vivido por quienes ya estaban encerrados, cuestión que se manifiesta en tanto que muchos protocolos asociados a la cuarentena, en instituciones, implicaron la suspensión de visitas presenciales, suspensión de permisos, restricciones respecto de la circulación, la separación entre área limpia y área sucia, la creación de unidades para pacientes con COVID, entre otras cosas.

En referencia al encierro, investigadores (Brooks et al., 2020) han recabado evidencia respecto de las complicaciones asociadas al mismo, observándose fenómenos o preocupaciones de diversa índole y de larga duración. Entre ellos, se observan síntomas asociados a clínica de lo traumático, conductas evitativas, aburrimiento, frustración, miedo al contagio, ansiedad asociada a la falta de información, etc. En paralelo, otros investigadores se preguntan por aquello que se ha promovido como “un bien superior”, en la medida que el encierro protege la vida, pero también puede empeorar la situación de quienes se pretende proteger, ya sea por complicaciones psíquicas o físicas (Schippers, 2020).

Alternativamente, como hipótesis, el encierro o cierre de la ciudad, para quienes ya estaban encerrados podría no traer mayores consecuencias, en tanto que era una situación ya instalada. Siendo este cierre, un problema mayor para quienes vienen de afuera y se relacionan con los locos. Asimismo, se plantea a las personas con complicaciones en salud mental como más propensas a contraer el virus, en tanto que no miden riesgos o cognitivamente, no perciben las implicancias del contagio (Yao, Chen y Xu, 2020).

En ese contexto, una de las máximas problemáticas que atravesasen las instituciones psiquiátricas durante el *estallido social* fue la disminución de las posibilidades de circulación, situación que se agravó profundamente con el inicio de la pandemia. En este segundo aspecto, una de las preocupaciones se materializa en que no solo el problema de la pandemia conllevaba una dimensión privilegiada respecto de los ventiladores mecánicos a la hora de evocar un discurso, sino también con la disminución de camas psiquiátricas y una sustracción

de la atención presencial. En esa línea, se acusa de manera mediática un descuido de los aspectos psíquicos que la pandemia trae consigo (Risco, Dörr y Maldonado, 2020).

### 3. Acto, línea de fuga y máquina

Por otro lado, ya estando en una hospitalización ¿Qué llevaría a un sujeto a salir de un lugar? En otras palabras ¿Qué lo llevaría a acabar con el encierro? ¿A actuar?

La relación con las certezas del encierro, sus fenómenos temporales y las fantasías suscitadas traen consigo angustia. Dicha cuestión resuena en Lacan (1962) en referencia de su diferenciación entre *acting out* y *pasaje al acto*, en la medida que ambos actos tienen un valor de aparente evitación o precipitación, respectivamente.

La entrada de un paciente a un pabellón psiquiátrico, ya sea por el desencadenamiento de una psicosis, o bien, su suicidio fallido, en psicoanálisis suponen esta diferenciación ofrecida por Lacan (Morel, 2004). En cierta medida, la dimensión objetivante que propone el encierro en casa, propio de la pandemia, reverbera en la precipitación de un paso al acto. En otras palabras, si se ha perdido la circulación, las posibilidades de intercambio y se está dispuesto a una administración total del tiempo, el espacio y las actividades, la experiencia de ser una cosa, perfectamente podría provocar la eyección de dicha escena.

El *paso al acto*, en la clínica, ha tendido a relacionarse principalmente al suicidio fallido y consumado, pero sobre todo atribuido a la psicosis, en la medida que no está en el plano de una repetición (Morel, 2004). Sin embargo, otra lectura de esa salida de la escena, o de salir del hogar en plena pandemia, es la de ser un acontecimiento que posibilite la subjetivación (Lerude, 2016).

Hay una vertiente del paso al acto que supone la posibilidad de una novedad o un tinte más vital. El remedio al encierro, ya sea de la cárcel, el psiquiátrico, la casa, la salud, etc. supone una fuga entendida de la manera más coloquial posible: Se sale de un lugar. Para Lacan:

(...) ¿A qué llamamos fuga en el sujeto, siempre puesto más o menos en posición infantil, que allí se lanza, sino a esa salida de la escena, esa partida errática hacia el mundo puro donde el sujeto sale a buscar, a reencontrar, algo expulsado, rechazado, por doquier? se hace mala sangre, como se suele decir y, por supuesto, vuelve, lo cual puede ser una oportunidad para él de darse aires. La partida es, ciertamente, el paso de la escena al mundo (Lacan, 1963, p. 129).

Sin embargo, esta valoración de la fuga por parte de Lacan, se inscribe en un ámbito más o menos acotado. Aparecen otras perspectivas de trabajo respecto de aquello que se escapa de la norma.

En este sentido, se vuelve relevante, para pensar la fuga hospitalaria, el concepto de *línea de fuga* de Deleuze y Guattari (1980). Según estos autores, todo está compuesto por líneas, que pueden ser líneas de articulación o de segmentación en distintas secciones de un cuerpo, el establecimiento de estratos y territorialidades, así como también pueden ser líneas que inicien una fuga con respecto a esas segmentaciones, líneas ligadas a procesos de *desterritorialización* y de *desestratificación*. Planteando Deleuze y Guattari que las líneas segmentarias “explotan en una línea de fuga” (p. 16).

Las líneas que intentamos graficar pueden estar materializadas tanto en una corriente de la consciencia, como un pensamiento o una idea cualquiera, ¡un delirio! así como también en los pasillos de un hospital o el trayecto de la entrada a la salida.

Este trazado de líneas, que para Deleuze y Guattari (1980) compone lo real, es lo que los lleva a plantear una lógica que denominan *rizomática*, y que define el modo de producción de eso real como la proliferación de conexiones heterogéneas, sin que se remita a un centro del cual surjan o que oriente el plan de dichas conexiones. Esto último es lo que los lleva a criticar la idea de un *sujeto* que vaya guiando esos procesos conectivos, y los intentos de dotar de una significación unívoca a los mismos según la lógica estructuralista del significante<sup>3</sup>.

3 Nos interesa plantear, que una fuga no responde a un significado unívoco, ni tampoco responde a un significante particular, sino que es justamente el escape a la lógica significante.

Es en ese sentido que la línea de fuga consiste en una operación de ruptura al interior de un rizoma, que escapa a las significaciones y a las subjetivaciones, sin que se deje de ser parte del entramado rizomático ni del rizoma en el cual se inicia la línea de fuga. Ahora bien, Deleuze y Guattari (1980) señalan respecto a esto:

*Se hace una ruptura, se traza una línea de fuga, pero se arriesga siempre el reencontrar sobre ella organizaciones que reestratifican el conjunto, formaciones que vuelven a darle el poder a un significante, atribuciones que reconstituyen un sujeto -todo lo que se quiera, desde los resurgimientos edípicos hasta las concreciones fascistas (p. 16).*

Así, los riesgos de significación y de subjetivación se aprecian, en su dimensión psicosocial o sociopolítica, en los casos de la estructuración edípica y de las formaciones fascistas. De esa misma manera, las líneas de fuga pueden llegar incluso a reproducir, en favor de su divergencia eventual, las formaciones que ellas mismas tenían por función deshacer o invertir (Deleuze & Guattari, 1980).

Nuestra apuesta aquí es que la fuga como acción, o como práctica, en el sentido coloquial del término, puede llegar a configurarse como línea de fuga.

En vistas a ello, aclaramos que cuando los autores hablan de líneas de segmentación están pensando en la estabilización de ciertos procesos en el marco de un territorio delimitado, como puede ser, por ejemplo, un hospital psiquiátrico, así como las prácticas recurrentes y estandarizadas asociadas a ese espacio delimitado.

Y, por tanto, la línea de fuga, introduciría una ruptura con esas prácticas establecidas y habituales dentro de un segmento, iniciando así una conexión rizomática, vale decir, no centralizada, con un segmento perteneciente a otro territorio, externo al espacio delimitado del territorio en el cual se inicia la fuga. Ahora, para entender mejor las condiciones de una operación tal, tendríamos que desarrollar el modo de funcionamiento que enmarca a un proceso potencialmente rizomático.

Así, lo contrario a la lógica rizomática, lo que Deleuze y Guattari (1980) entienden como modelo

*arborescente*, constituye un modo de funcionamiento que va imponiendo una lógica binaria a las producciones de lo real, al modo de las raíces de un árbol. Sin embargo, eso no quita que el modelo árbol pueda producir sus propias líneas de fuga, pero que siga actuando siempre como *unidad trascendente* a la experiencia misma, y que se vuelva un mero calco de esta última. A diferencia del rizoma, que siempre actúa como *proceso inmanente*, que revierte todo modelo y, contra ello, esboza más bien un mapa o plano. Esto inclusive cuando constituye sus propias jerarquías o suscita una trascendencia (p. 31).

De lo que se trata, entonces, en el rizoma es de construir una relación que no se constituya según un modelo previo, sino que, como lo que Deleuze y Guattari (1980) entienden por *agenciamiento maquínico*, al modo del trazado de un mapa o plano que escapa a la institucionalidad que busca enmarcar dicha operación. De otra manera, un agenciamiento maquínico consiste en una acción que no solo no tiene esquemas previos, sino que tampoco constituye ella misma un nuevo esquema, es decir, es una acción totalmente *singular*. Es pura variación que no se deja fijar.

Ahora, lo maquínico de un agenciamiento involucra una noción de máquina entendida como *maquinaria social*. Y lo que habitualmente entendemos por máquina, como un objeto técnico, desde una perspectiva deleuzoguattareana, sería solo una pieza dentro de una máquina social más amplia. En ese sentido, lo que le interesa a Deleuze y Guattari son las prácticas que llevan desde una esfera habitualmente concebida como individual a una esfera habitualmente concebida como colectiva y a la inversa, pero para mostrar que en ese paso se da cuenta de la continuidad efectiva que hay entre ambas esferas, y de la que el agenciamiento singular es solo una expresión.

Por esto mismo es que para Deleuze y Guattari (1980) se vuelve necesario plantear siempre un doble uso o una doble tendencia en todo agenciamiento: tanto en dirección de la desestratificación como de la estratificación. De hecho, esto es algo común al rizoma y a las líneas de fuga. Es la idea que siempre que se abandona un estrato, una segmentariedad, un sedentarismo, se vuelve a encontrar otro.

Esto se entiende en función de que las operaciones que están intentando definir Deleuze y Guattari consisten en establecer una *relación con el afuera*, pero ese afuera no es un afuera absoluto, sino que siempre relativo a lo que el afuera no es: el estrato, la segmentariedad, el territorio, abandonados precisamente en la fuga hacia ese afuera. Pero para que el afuera siga siendo afuera, el lugar hacia donde se dirige la fuga tiene que constituirse, luego de llevada a cabo dicha operación, en un nuevo estrato o segmentariedad con respecto al cual habrá un nuevo afuera<sup>4</sup>.

Todo ello, como veremos ahora, está en función de la teoría de las multiplicidades que está en juego en *Mil Mesetas*, del mismo modo en que parte importante de lo maquínico concierne de manera esencial a dicha teoría, en la medida que todo agenciamiento maquínico de deseo implica un enganche con “*un prodigioso afuera que hace multiplicidad de todas maneras*” (p. 35).

Esto nos parece especialmente relevante para el caso trabajado aquí, en la medida que la relación con el afuera puede ser entendida como un continuo desplazamiento según contigüidades. Desplazamiento en el que, lo que ocurre en el espacio contiguo al que se habita, no está separado de este último. Así, ninguna condición de encierro constituye un encierro absoluto, sino que siempre se puede establecer una relación con el afuera, pero como un afuera que está presente en lo que se define allí como interior (la pieza, el hospital, la casa, el individuo, etc.). Esto va a ser, como veremos luego, el aspecto central de la fuga tal como buscamos entenderla en este escrito.

Deleuze y Guattari (1980) definen a la línea de fuga, de hecho, como una relación con el afuera. Relación que permite ir de una multiplicidad a otra, ocurriendo un cambio de naturaleza en el proceso. Entendiendo aquí multiplicidad como una pluralidad en continua variación, y por lo mismo, no reductible a ninguna unidad totalizante. La línea de

4 En palabras más gráficas, en el agobio de la cuarentena algunos pacientes llegan paradójicamente a una hospitalización cerrada, para luego querer volver al lugar que precipitó esa necesidad de otro encierro.

fuga permite el paso de una multiplicidad a otra, porque se opera siempre en relación a un número finito de dimensiones que viene a llenar cada multiplicidad, y por lo mismo, la fuga no se trata simplemente de agregar una dimensión suplementaria a una multiplicidad sin que esa multiplicidad devenga otra, es decir, sin que cambie su naturaleza.

Es por eso que la línea de fuga va a ser función de una *diferencia de naturaleza* en el paso de una multiplicidad a otra o, dicho de otra manera, ese paso no va a definir una simple *diferencia de grado*, que es la forma bergsoniana que tienen Deleuze y Guattari (1980) de decir que la línea no viene a agregar un mero suplemento a una multiplicidad que se va a mantener estable, sino que la multiplicidad de la que se trate siempre va a verse transformada en ese proceso. De esa manera, la línea de fuga implica variación en tanto que *alteración*, y es por eso que es una línea que marca un *devenir otro*.

Así, la conexión rizomática que puede establecerse entre dos o más espacios contiguos vía la línea de fuga, va a implicar siempre una transformación en tanto que alteración. Quien traza una línea de fuga siempre se va a ver transformado en el proceso, y no solo eso, sino que va a transformar los espacios en los que establece la fuga. El rizoma siempre es ruptura, la fuga siempre es alteración.

En ese sentido, una línea de fuga marca el encuentro entre al menos *dos series heterogéneas*, y la línea misma es compuesta por un “rizoma en común” de las dos series (Deleuze & Guattari, 1980, p. 17). Se trata de conectar dos máquinas: una que los autores definen como *molar*, y otra como *molecular*. Siendo aquí la diferencia entre molar y molecular una *diferencia de régimen* (Deleuze y Guattari, 1972), queriendo decir con ello que es una diferencia de *perspectiva* o de escala (por eso los términos molar y molecular).

La perspectiva molar es aquella desde la cual se concibe lo real según tendencias identificables o representables, anulando por lo mismo su carácter *meramente tendencial*. Mientras que la perspectiva molecular implica justamente lo contrario, es situarse a nivel de las pequeñas diferencias que hacen que cualquier fenómeno se escape a su representación y, por tanto, tienda a *diferir de sí mismo*.

Así, cualquier fenómeno que intente ser fijado, explicado, interpretado, significado, en una palabra, *representado*, va a entrar en un régimen molar de comprensión de la realidad. Y, por otro lado, cualquier fenómeno que rehúya o se escape (se fugue) de esos intentos de totalización va a mantenerse en un régimen molecular, que es el régimen donde ocurre todo lo que llega a devenir real.

Entonces, lo que logra la línea de fuga de ese modo es que el rizoma que establece la conexión entre lo molecular y lo molar, no se someta ni se atribuya a algo del orden de una unificación totalizante, como lo es, por ejemplo, el orden del *significante*. Esto quiere decir, en este caso, que no se le puede atribuir significado a la fuga desde una estructura que preexista a la fuga misma.

Por eso es que antes decíamos que la fuga es del orden del paso al acto. En la medida que no hay una comprensión de la fuga desde el campo de la significación, ya que atribuir un significado estático a la fuga termina inscribiéndola en un campo que se queda solo en lo molar, y que responde al campo de significaciones previas en el cual se busca capturar al proceso de fuga. Pero la conexión con lo molecular en que nos introduce la fuga, implica salirnos justamente de esas representaciones que limitan nuestro campo de comprensión de los acontecimientos, intentando devolverlos a la esfera totalizante y cerrada que busca restringirlos, domesticarlos.

Lo que importa, para Deleuze y Guattari (1980), en cambio, es el *signo* más que el *significante*, el que todo agenciamiento de enunciación es signo del entramado maquínico colectivo en el cual se inserta, y que se modifica con cada nuevo agenciamiento. Lo que a su vez se vincula con una visión según la cual “*No hay enunciado individual, sino que agenciamientos maquínicos productores de enunciados*” (p. 50).

Para Deleuze y Guattari (1980) se trata de seguir siempre al rizoma, por ruptura, por una extensión, prolongación o relevo de la línea de fuga, que consiste justamente en hacer variar a esta última y llevarla a las *n dimensiones*, que corresponden al umbral de transformación de naturaleza de la multiplicidad, y que por ser *n* dimensional no puede ser reducido a una sola dimensión, no puede ser delimitado ni medido. Es en ese sentido que no se trata de oponer

los dos tipos de multiplicidades, las máquinas molares y las moleculares, que sería recaer en un dualismo como el de lo Uno y lo múltiple, en el cual no cabe justamente la noción deleuzoguattareana de multiplicidades.

Así, lo que está en juego en la fuga psiquiátrica no sería tanto abandonar la máquina molar de la institución hacia un afuera que se le opone, sino que trazar la línea de contigüidad que hay entre la institución y el afuera. O sea, la fuga en su sentido literal hace evidente, justamente, que la oposición entre un adentro y un afuera se sustenta en una distinción arbitraria, y que, por lo tanto, no es necesario salir del espacio “cerrado” para que haya una fuga. La línea de fuga misma conjuga el viaje, la alucinación y la locura, queriendo decir con ello que ya volverse loco, ya alucinar, es un viaje, o lo que en el *Anti-Edipo* se denomina *viaje inmóvil* (Deleuze & Guattari, 1972).

La locura ya es en sí misma una línea de fuga, independiente de si se está loco en el encierro o en el exterior. La línea de fuga es *experimentación* perceptiva y mental, es un movimiento de fronteras como cambio de perspectiva, vale decir, es rizoma. Y en ello lo que se muestra es la *realidad maquínica del deseo*, según la cual toda producción es el paso de una máquina a otra, pero que las reúne a ambas (y a todas) en ese paso.

Y es que, en última instancia, no se trata aquí de una distinción entre interior y exterior, que por lo demás son siempre relativos y cambiantes, reversibles, sino que de “*los tipos de multiplicidades que coexisten, se penetran y cambian de lugar (...) máquinas, engranajes, motores y elementos que intervienen en tal momento para formar un agenciamiento productor de enunciado*” (Deleuze & Guattari, 1980, p. 49)

En resumidas cuentas, “hacer rizoma” es “acrecentar el territorio por desterritorialización, extender la línea de fuga hasta el punto en que cubre todo el plan de consistencia en una máquina abstracta” (Deleuze & Guattari, 1980, p. 19). Lo que quiere decir, llevar la línea de fuga a esa operación de transformación de la naturaleza de las multiplicidades desde las *n* dimensiones, que es una dimensión abstracta, en el sentido que implica situarse a

nivel de las *relaciones* que componen las materialidades de las cosas, es decir, en el *plano* que les da consistencia. Hay allí una inversión de los códigos que estructuran o arborifican, y por eso es que el rizoma o la mala hierba es lo que interrumpe, genera ruptura y prolifera, tal como hace la máquina en la estructura.

Si la estructura se define por un conjunto de puntos y de posiciones, de relaciones binarias entre esos puntos y de relaciones biunívocas entre esas posiciones, el rizoma, en cambio, “solo hace líneas” (Deleuze & Guattari, 1980, p. 32). Así, cuando decíamos que en todo hay líneas de segmentariedad y de estratificación, tanto como líneas de fuga y de desterritorialización, estábamos diciendo que todo puede hacer rizoma.

Aquí el asunto de las multiplicidades no está separado, como veíamos, del asunto de las dimensiones. En la medida que lo que distingue un primer tipo de líneas: de segmentariedad y estratificación, del segundo tipo: fuga y desterritorialización, tiene que ver con las dimensiones en las que operan. Los segmentos y estratos se dan a un nivel de dimensiones delimitadas y medibles; mientras que la fuga y la desterritorialización ocurren en un nivel de “dimensión maximal”, en que hay un paso hacia lo no-delimitado, lo no-medible, que es el momento que antes definíamos como el paso desde una multiplicidad a otra, la *n* dimensión, una *metamorfosis* o diferencia de naturaleza y ya no simplemente de grado.

Por tanto, la segmentariedad y la estratificación consisten únicamente en diferencias de grado, constituyen distintas dimensiones de una gradación previamente establecida; mientras que, cuando trazamos una línea de fuga o de desterritorialización, ya estamos en el terreno de las diferencias de naturaleza. La misma distinción puede trazarse en torno a la relación máquina-estructura. La estructura es la estratificación y segmentarización de lo real según diferencias de grado, mientras que la máquina es lo que introduce diferencias de naturaleza al interior de dicha estructura.

Además, el rizoma es siempre de entradas múltiples, lo cual, llevado al caso que estamos analizando aquí, es lo que permite trazar distinciones entre las

líneas de fuga como corredores de desplazamiento, y las estratificaciones, que uno podría pensar como las habitaciones hacia las que conducen los corredores. Aunque también la misma institución, las edificaciones en las que se estratifica justamente, también pueden ser pensadas como zonas de estabilización, siempre relativa, de las líneas de fuga que van en múltiples direcciones desde una operación rizomática. Así, las calles de una ciudad funcionan como líneas de fuga con respecto a las estratificaciones arquitectónicas e institucionales. Y la fuga misma es allí una pieza más en el entramado de las máquinas móviles que conforman lo real, un tallo del rizoma. Se trata de la contigüidad laberíntica de las habitaciones y los edificios según un trazado de líneas de segmentación, entre las cuales puede surgir siempre una línea de fuga que vincula la contigüidad de las habitaciones con el proceso continuo del que forman parte, que las reúne a todas en un mismo devenir de lo real.

#### 4. Las máquinas de un psiquiátrico

Tomando en cuenta lo anterior, de manera sintética se puede plantear una institución como una aglomeración de máquinas que opera de manera automática y dependientes de un circuito de engranajes. Deleuze y Guattari (y secundariamente Oury) intuyen que las instituciones pueden operar maquínicamente, en este sentido, un espacio institucional podría devenir en lo descrito por Goffman (2001) y Foucault (1975) respecto de instituciones que administran la vida.

Desde el punto de vista de la organización: sale una receta desde una sala de reuniones, llega a la ficha de un paciente, se despacha un papel al departamento de farmacia, se reordenan los medicamentos, se dosifican, se ponen en un dispensario y luego continúan su camino hasta la boca del paciente, al cuerpo del paciente: máquina químico-biológica. Actividad regulada por un horario y por una automatización de la actividad técnica dentro del personal.

Dicha actividad automatizada, no solo se reduce a cuestiones prácticas tales como el despacho de medicamentos, sino también a la cotidianidad. Cues-

tion doblemente amenazada en la actualidad, por la posibilidad de que la estancia en pandemia supone una disminución de actividades y una exacerbación de ciertos reglamentos para el cuidado.

Paralelo a eso, la definición de las actividades para con los *locos* se acota cada vez más en virtud de una planificación. Dicha forma de trabajo se determina desde una entidad aparentemente superior cuya presencia se realiza por la vía de la organización de todo aspecto.

Respecto de la actividad psiquiátrica en Chile, Guattari comenta (1991) a modo de comprobación, que la función pública se reduce simplemente a un “trabajo de funcionarios, muchas veces mal pagados, que se ciñe exclusivamente a horarios y actividades prefijadas.” (p. 318)

Depussé (2011) comenta un ejemplo relevante para lo que Guattari y Oury esperaban de su práctica psiquiátrica. Un día se encuentran con unas vasijas que son el resultado de un taller. Luego de observar dichas vasijas, las cuales consideraron “demasiado bonitas”, les pareció pertinente suspender provisionalmente el taller. Eventualmente, el taller corría el peligro de producir solo vasijas y no subjetividad, en tanto que la subjetividad requería de un componente como el enfadarse, estar en contacto, hablar. Pasado un tiempo ya no habría nadie en el taller.

Por último, respecto al tiempo, en su vertiente cronológica y administrativa, Lacan (1954) asevera que el reloj ha tenido mayor potencia en la historia de la humanidad que la bomba atómica. En este sentido, ya en Lacan se observa una concientización de la primacía del orden simbólico en lo que respecta a vivir. El reloj es una máquina para medir el tiempo, para organizar la vida, darle números al avance del día.

Este orden simbólico se traduce en reglas, mediciones y organizaciones que responden a una lógica significante que atraviesa la vida. En dicha referencia, Lacan está plasmando lo totalizante que resulta un régimen simbólico para el cotidiano.

Las *horas peak* del metro son la imagen de una aglomeración no menor de personas congregadas exactamente a la misma hora en el mismo lugar. Todo trabajo se constituye en torno a una medición absoluta.

### 5. La fuga al o en el psiquiátrico

La prevalencia del ventilador como concepto que absorbe todas las miradas no es más que una pequeña vertiente de la medicalización de todos los componentes que están puestos en juego en la pandemia. En el caso de los psiquiátricos, antes se decía que la psiquiatría, como equipamiento, territorializaba toda relación con la locura, pero tras las fuertes medidas para evitar el contagio pareciera que todo discurso al interior de estas instituciones se ha vertido a mantener cierta inercia respecto de prácticas subjetivantes, incluso siendo algo difícil antes de la cuarentena, en Chile.

El mandato al encierro, encausado también por el temor al contagio, facilita aún más el terreno para escapar de los momentos de ocio, aburrimiento, desesperación o nihilismo.

Por otro lado, en contraposición a Foucault, Guattari (2015) observa que no hay una división tajante entre ciertos tipos de sociedad, hablando incluso de una sociedad de integración de la subjetividad, cuya consecuencia implica una modelización del individuo en dirección a su robotización. Ya ni siquiera es necesario controlar o vigilar al individuo.

En este sentido, tras el advenimiento del contagio, las posibilidades de subjetivarse, tanto fuera como dentro de un psiquiátrico, se encuentran totalmente en entredicho en la medida que hay un sometimiento voluntario a dichas medidas. Sin embargo, la subjetivación, entendida como un modo de romper con un paradigma preestablecido, siempre supone, inevitablemente, un riesgo ya sea de locura o sin sentido (Guattari, 2015).

En este ámbito, circulan aún dentro de las solicitudes por una cama psiquiátrica relatos asociados a un acontecimiento que rompe con el encierro, por ejemplo, las fiestas clandestinas, la errancia, la situación de calle, el *show*, un intento suicida, etc. En algún punto, la fuga también es algo que puede ocurrir desde el mismo hogar, en la medida que el mandato es a estar en casa.

Desde la otra dirección, las fugas que ocurren en un hospital psiquiátrico en el contexto actual se leen casi únicamente como un elemento indeseado y de peligrosidad, en tanto que el afuera conlleva

el encuentro con el COVID-19. En este sentido, si bien se puede hablar de la dimensión vital de la fuga, esta línea corre el peligro de advenir en un contagio.

Que los pacientes internados ya hayan vivido el encierro y la necesidad de la fuga previo al contexto pandemia, nos permite vislumbrar lo que ya hemos señalado de otras maneras: no hay una separación ni oposición entre los fenómenos individuales y los colectivos, y lo que la esquizofrenia<sup>5</sup> nos muestra es esa realidad de los agenciamientos del deseo. Lo que ocurre a nivel molecular es ya un fenómeno de multitud y lo que habitualmente entendemos como fenómenos de masa había sido preparado en las moléculas que sólo aparentemente están distanciadas de la regularidad de los agenciamientos colectivos.

*Tener en cuenta todo a la vez -la manera en que una máquina social o una masa organizada tienen un inconsciente molecular que no marca solamente su tendencia a la descomposición, sino que las componentes actuales de su ejercicio y de su organización mismas; la manera en que un individuo, tal o cual, tomado en una masa, tiene él mismo un inconsciente de jauría que no se asemeja necesariamente a las jaurías de la masa de la que forma parte; la manera en la que un individuo o una masa van a vivir en su inconsciente las masas y las jaurías de otra masa o de otro individuo (Deleuze & Guattari, 1980, p. 48-49)*

### 6. La máquina burocrática

Otra vertiente frente a la cual se debaten tanto locos como profesionales es a la exacerbación de protocolos asociados al encierro. Los pequeños islotes que aspiran a generar espacios de intercambio dentro de los pabellones de hospitalización quedaron suspendidos frente a las medidas de la pandemia. Si para Guattari (1991) ya era impensable una experiencia como la de La Borde, en tanto que las presiones burocráticas cada vez ejercían mayor presión en el

5 La cual evoca más comúnmente la imagen que se tiene del paciente psiquiátrico.

funcionamiento de la clínica, la situación actual en las instituciones psiquiátricas chilenas aumenta la necesidad de protocolos y sus cumplimientos.

Experiencias como el manejo de llaves importantes por parte de pacientes (práctica propia de La Borde y experimentada en Chile de manera casi excepcional), el uso libre del teléfono, la suspensión del horario de visitas, la correspondencia, la disposición acotada de las consultas durante la hospitalización e incluso la creación de objetos, pasan a un segundo plano frente a los cuidados epidemiológicos que se han puesto sobre la mesa.

Incluso las asambleas, instancia que compromete la “democratización” de los espacios de los psiquiátricos, han sido condicionadas en tanto que suponen el encuentro entre pacientes y trabajadores<sup>6</sup>.

Deleuze y Guattari (1975, 1980) extraen de su lectura de Kafka, la idea de una máquina burocrática, que funciona de un modo paranoico de administración de cada detalle de los procesos de un cuerpo o de un entramado de cuerpos. Al respecto, es interesante que esa máquina paranoica, equivalente a lo que antes entendíamos como máquina molar, siempre esté en relación a la proliferación de máquinas moleculares esquizofrénicas. O sea, un aparato burocrático paranoico está en un continuum con procesos esquizofrénicos, funcionando en los intersticios de la maquinaria institucional.

Aquí es importante resaltar justamente ese aspecto de continuum entre los dos tipos de máquina y vincularlo a afirmaciones que hemos desarrollado más arriba, para entender, finalmente, que en estricto rigor nunca se trata de que haya dos multiplicidades o dos máquinas, sino que “*un solo y mismo agenciamiento maquínico que produce y distribuye el todo, es decir, el conjunto de enunciados que corresponden al “complejo”*” (Deleuze & Guattari, 1980, p. 48).

Complejo, que no se reduce a su acepción de complejo psíquico, sino también social, y nos atreveríamos a decir, que también entendido como

complejo hospitalario. En este sentido, una pared también puede ser una pared psíquica.

En la teoría lacaniana, del lado de Melman (Darmon, 2008), la paranoia mantiene una facultad topológica respecto de la posición que mantiene un persecutor con un muro. El persecutor siempre se ubica al otro lado del muro y nunca es posible un encuentro con este, lo cual mantiene la situación de persecución hasta el infinito sin llegar nunca a un desenlace, encuentro o duelo.

Antes de la pandemia resultaba importante pensar la ubicación que tenían las murallas en la relación con los otros, pero particularmente en la institución psiquiátrica. Tras la caída del muro de Berlín, las diferencias entre alemanes se vuelven evidentes en la relación con el otro, sosteniéndose entonces que hay un muro en la cabeza, línea divisoria entre dos formas de relacionarse (Lerude, 2010).

Desde la perspectiva que estamos tratando de trabajar en el presente escrito, las diferencias entre pacientes y trabajadores supone varias cosas, pero que al mismo tiempo se sintetizan en una, a saber, que los equipamientos, entendidos como lo que se tiene a mano para la relación con el otro, son distintos y se encuadran, además, en el contexto de máquinas abstractas (Guattari, 2013).

Si la relación con el loco supone una relación distinta a la que se tiene con los pares, es precisamente debido a aquella línea divisoria que hace que haya una distancia con el otro. La pared de la cual hablamos, es una representación más acotada de un funcionamiento más paranoico en la relación con los otros, en la medida que el otro, en algún momento, es un agente del contagio.

Desde el punto de vista ecosófico, como elección ético-política, valdría la pena reconstruir una forma de relación con el espacio que suponga responsabilidad y respeto por la alteridad y la diferencia (Guattari, 2015).

## 7. Conclusiones

Se ha pensado en base a Deleuze y Guattari que el encierro amenaza fuertemente algunas prácticas subjetivantes en el contexto de las instituciones psiquiátricas. Al mismo tiempo que el encierro no

6 Lo que muchas veces se ignora en el encuentro con estos locos, es que su encierro les garantiza una imposibilidad de contagio. Siendo, en alguna medida, los trabajadores quienes invaden dicho espacio carente de virus.

se reduce únicamente a una pared, barrote o puerta, sino también a una cuestión psíquica, así como sociopolítica, más aún, la fuga de dicho encierro no remite a salir corriendo, sino también a un fenómeno a veces abstracto o delirante, que no funciona según binarismos que la misma institucionalidad impone, como el de oponer un interior y un exterior. En base a la presente lectura, el pleonasma “salir para afuera”, no contiene lo que se pretende demostrar, que puede haber un “salir para adentro”.

Esta relación, puramente inconsciente, en tanto que anula toda negación (Freud, 1915), contiene la premisa fundamental de las hipótesis del psicoanálisis respecto de la psicosis: que, al final del día, el delirio es una forma de *restitución* (Freud, 1911): una defensa vital (Czermak, 1987) contra el advenimiento de un Otro, que perfectamente se puede materializar en un reglamento, cultura, o en una forma más micro, como protocolo de encierro.

Los efectos de la pandemia de cara también a un proceso institucional en Chile, dialogan en una profunda comunión, donde, semióticamente, lo que se entiende por “primera línea” (en las instituciones de salud o en la calle) se combina, une, combate o difiere de un “enemigo invisible”.

Una psicoanalista de una institución psiquiátrica, aparte de comentar las vicisitudes del trabajo interdisciplinar nos comenta el siguiente caso:

Un paciente llevaba casi una década hospitalizado en una Unidad Psiquiátrica destinada a un tiempo acotado. Si bien podía salir todos los fines de semana en condiciones normales, este mantenía su hospitalización debido a cierta ambivalencia propia de su psicosis. En efecto, quería irse de alta al mismo tiempo que quería estar ahí, cuestión que sostenía su hospitalización.

Curiosamente, luego de las restricciones asociadas a la pandemia, él se hace la pregunta por *si es posible quedarse atrapado en un lugar para siempre*. Cuestión que la psicoanalista remarca en esta comunicación personal.

Posterior a su trabajo con la psicoanalista, llegan al lugar donde se constata que el cambio en las condiciones del encierro hace que su significado cambie por completo. Solo ahí el paciente empieza

a desear la fuga. Y eventualmente pide el alta luego de varios años estando hospitalizado.

Se la dan.

### Referencias bibliográficas

- Brooks, S. K., Webster, R. K., Smith, L. E., Woodland, L., Wessely, S., Greenberg, N., & Rubin, G. J. (2020). The psychological impact of quarantine and how to reduce it: rapid review of the evidence. *Lancet*. Vol. 395(10227), 912–920. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)30460-8](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)30460-8)
- Camus, A. (1947[2018]). *La Peste*. Panamá: Ediciones americanas.
- Czermak, M. (1987). *Estudios psicoanalíticos de las psicosis. Pasiones del Objeto*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Darmon, M. (2008). *Ensayos acerca de la topología lacaniana*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Depussé, M. (2011). Presentación. Felix Guattari: De Leros a La Borde. En: F. Guattari. (2013). *De Leros a La Borde. Practicas analíticas y prácticas sociales*. Madrid: Ediciones Casus-Belli.
- Delueze, G. & Guattari, F. (1972) *L'Anti-Oedipe*. París: Éditions de Minuit.
- Delueze, G. & Guattari, F. (1980) *Mille Plateaux*. París: Éditions de Minuit.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Freud, F. (1910 [1911]). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. Volumen 12. *Obras Completas de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, F. (1915). *Lo inconsciente*. Volumen 14. *Obras Completas de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Goffman, E. (1991). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Lacan, J. (1954-1955). *El yo en la teoría de Freud y en la teoría psicoanalítica*. El Seminario libro II. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963). *La Angustia*. El Seminario libro X. Buenos Aires: Paidós.
- Guattari, F. (2013). *De Leros a La Borde*. Madrid: Ediciones Casus-Belli.
- Guattari, F. (2013). *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- Guattari, F. (1991). *Antipsiquiatría, psicoanálisis e institución*. En: F. Guattari. *Las Luchas del Deseo* (2020). Santiago: Pólvara Editorial. (309-321).
- Guattari, F. (2015). *¿Qué es la ecosofía?*. Buenos Aires: Editorial Cactus.

- Lerude, M. (2010). "¿Tenemos un muro en la cabeza?". En: R. Chemama y C. Hoffman (2013). *Pratique Psychanalytique et Politique*. (2013). 41-50. Paris: Hermann Editeurs.
- Lerude, M. (2016). La adolescencia: una clínica del narcisismo y de la subjetivación. *Cuadernos Psicoanalíticos*. Santiago: Pólvoa Editorial.
- Schippers MC. (2020) For the Greater Good? The Devastating Ripple Effects of the Covid-19 Crisis. *Front. Psychol.* Vol. 11. Art. 577740. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2020.577740>
- Schultz, F. (2001). La furia de los caballos sin patas. Obra financiada por Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura. Ministerio de Educación (2000). Productora La Voz, Santiago.
- Yao, H., Chen, J. H., & Xu, Y. F. (2020). Patients with mental health disorders in the COVID-19 epidemic. *Lancet*. Vol. 7(4). e21. [https://doi.org/10.1016/S2215-0366\(20\)30090-0](https://doi.org/10.1016/S2215-0366(20)30090-0)